

Linux o la antropología estigmatizada

Francisco Bautista de Matos

Licenciado en Filosofía

Esta vez ha sido el *San Francisco Chronicle* el encargado de supurar el verdadero veneno, que todo el orbe, económicamente evangelizado, esconde tras la atmósfera de lo «políticamente correcto». Que la economía moderna sostiene más dogmas, misterios y milagros que la Iglesia, ya resulta evidente desde hace tiempo, y así, al dogma de la inmaculada concepción, la economía responde con el de la inmaculada concepción del beneficio del empresario, el milagro del aumento del valor en nada envidia al de la multiplicación de los panes y los peces, y sigue y suma con el dogma de la bondad de la propiedad privada, con el de que la naturaleza humana es egoísta sin remedio y etc., etc., etc., un etcétera que continúa por tertulias radiofónicas, artículos de prensa, eslóganes publicitarios, guiones de cine, ideas políticas, consejos administrativos, guías de belleza o de astrología, convicciones ciudadanas y, como no, un etcétera que reaparece con la fuerza del fundamentalismo más primitivo, y por ello, menos disimulado y más transparente, en el periódico *San Francisco Chronicle*.

Y es que, al mencionado rotativo, se le ha irritado la sensibilidad política, por la modesta aportación que un finés llamado Linus Tor-

valds, ha realizado a la historia de la programación informática del siglo XX. Nuestro hombre venido del frío, es un buen programador, como tantos otros que han colaborado con él en la elaboración colectiva –vía Internet– de un sistema operativo¹ para los ordenadores, llamado Linux. Esta obra, fruto del



esfuerzo de una comunidad internacional de anónimos programadores, ha merecido el siguiente comentario en un editorial del periódico que nos ocupa:

«Vayan a decirles a esos socialistas de la programación que se lleven a Europa sus concepciones radicales del desarrollo cooperativo del *free code*.² Los americanos exigen su libertad de pagar por los

programas que dominan el mercado lo que es justo a sus creadores».³

A primera vista, semejante reacción, resulta cuando menos chocante; ¡pobre Linus!, volverse a Europa. Pero si al fin y al cabo, no ha hecho más que trabajar en el terreno de la programación, como tantos otros europeos que habían sido recibidos con los brazos abiertos en los EE. UU. ¿A qué viene ese defecto repentino por la materia gris del viejo continente?, ¿es que no les parecen homologables los títulos fineses con los suyos? ¿Tanto hemos decaído los europeos al contacto con la socialdemocracia? En fin, dejémonos de ironías, y efectúemos con el escalpelo la vivisección de estas bravatas.

Veamos que ha hecho Linus: él, junto a otros informáticos de Helsinki –un grupo informal–, ha elaborado el núcleo del sistema operativo Linux –50.000 líneas–, y lo ha lanzado a Internet gratuitamente, como propuesta para que se participase con ellos en su elaboración y mejora. Resultado: miles de colaboradores, han programado gratuitamente, el resto del millón de líneas que actualmente componen el sistema operativo Linux. El programa circula gratuitamente por Internet –con su código fuente libre–, mutando cada vez que a alguien se le ocurre una nueva idea útil para mejorarlo.

Hasta aquí los hechos, ahora veamos que ha ocurrido realmente.

Ante todo, ¿qué ha hecho Linus?, y ¿qué no ha hecho Linus?: ha hecho, junto con miles de programadores informáticos como él, un trabajo en el que no se ha generado plusvalía,⁴ o si se prefiere, han realizado un trabajo al margen del mundo comercial. Esto no es nada nuevo, si repasamos la historia del mundo obrero encontraremos cientos de experiencias iguales o parecidas. Pero, ¿por qué molestan tanto al capitalismo estas experiencias?, pues porque este hecho presupone dos tesis contradictorias con el capitalismo.

La primera es la de que pueden establecerse relaciones económicas sin la mediación de un capital que se vea aumentado cuantitativamente en el proceso. Esta premisa choca frontalmente con la tesis capitalista de que toda relación productiva debe encuadrarse en una compra-venta generadora de plusvalía. Efectivamente, en la producción de Linux, nadie ha vendido y nadie ha comprado, y sin embargo todos han salido beneficiados con el trabajo colectivo. En la producción de Linux nadie ha aumentado su valor inicial cuantitativamente, sólo cualitativamente; es decir, la diferencia entre el antes de realizar la tarea, y el después, es que todos disponen de un nuevo utensilio informático, pero no ha intervenido un capital que haya crecido cuantitativamente después de la producción. Ha sido un trabajo cooperativo en estado puro, sin la mediación del dinero. Es por tanto un contraejemplo a la teoría capitalista que sostiene la inviabilidad de un sistema económico al margen de las relaciones de compra-venta en las que se produce plusvalía.

La segunda premisa que presupone la experiencia del Linux está íntimamente relacionada con la anterior, y afecta a la concepción antropológica del liberalismo económico. Como para el capitalismo toda relación entre los hombres debe de ser una relación de compra-venta, se ha visto obligado a

sostener que ese tipo de relación le es propia a la naturaleza humana; o hablando en plata como a los empresarios les gusta, que el hombre en toda época ha comerciado o ha tendido a hacerlo aunque sea de modo imperfecto; sostienen que hasta las tribus más apartadas han mantenido relaciones de compra-venta aunque sea encubiertas, exagerando, para sostener esta tesis, el papel del trueque en aquellos hombres. El desmentido de esta concepción del hombre como *homo œconomicus* lo hacen los estudios antropológicos en cuanto dan dos pasos en la materia, ya que el hombre que sólo se relaciona comprando y vendiendo es un experimento extremadamente reciente. El ser humano ha elaborado economías muy distintas a la nuestra, y en las que nunca el comercio ha ocupado un papel rector de la vida social. Los hombres también son capaces de colaborar para obtener un rendimiento en forma cualitativa –que es lo que en tanto que hombres verdaderamente les importa– al margen de la producción de plusvalor –que es lo que en tanto que hombres menos les importa–. El caso Linux es una prueba de ello y de como en los márgenes de tiempo que les da el sistema capitalista, miles de personas han sido capaces de producir útilmente algo para todos. Es la experiencia socialista en estado puro. Trabajo sin producción de plusvalía, sin estratificación de las tareas y por tanto sin una jerarquía profesional, un reparto gratuito y masivo, un bien para todos sin distinción de su poder adquisitivo.

En resumidas cuentas, al *San Francisco Chronicle* lo único que le molesta realmente, es lo que no ha hecho Linus, es decir, que no se haya convertido en un Bill Gates, en un churumbele prodigio que comercialice sus inventos en un proceso de creación del plusvalor; lo de Linus es una experiencia que presupone una antropología que hoy está estigmatizada, puesto que

la antropología oficial es aquella que respalda a Bill Gates y a la venta de su sistema operativo Windows 95, un programa que se vende en el mercado y que por tanto si produce plusvalía, que elaboran un grupo de informáticos contratados, que tiene protegido su código fuente para perpetuar su venta en sucesivas versiones ligeramente modificadas, que sí hace distinciones entre los que pueden pagar y los que no pueden hacerlo, que en suma, cuenta con el *homo œconomicus* y su grito de libertad a sus espaldas, grito, que como señala el editorial, únicamente puede consistir en que le permitan cumplir con su íntima naturaleza comprando y vendiendo. No debe por tanto extrañarnos el escándalo ante la «perversión» de la naturaleza humana, al contrario, debemos congratularnos de que todavía quede alguien capaz de reconocer la «desviación» en el mismísimo Jardín del Edén. Está claro que suscribirse al *San Francisco Chronicle* es algo «más» que comprar un periódico.

Notas

1. Un «sistema operativo» es el programa «íntimo» del ordenador, sin el cual los demás programas no podrían funcionar. Un ordenador no puede utilizar dos sistemas operativos al mismo tiempo, ya que, recurriendo a una metáfora automovilística, en un coche solo puede haber un volante.
2. *Free code*: código libre. Se refiere a que el código fuente del programa es accesible al usuario.
A su vez, el código fuente es el «corazón» de un programa, pudiendo acceder a él tenemos el control absoluto del mismo. En los programas comerciales –ya sean sistemas operativos, utilidades o juegos– este código está protegido, resultando inaccesible al usuario.
3. Artículo aparecido el día 12 de abril de 1998 en el suplemento económico del periódico *El Mundo* y firmado por Edouard Launet, enviado especial del diario francés *Libération* a California.
4. Plusvalía significa: más valor. Con este término se señala el aumento de valor operado por un capital tras la venta de la mercancía que ha servido a producir.